

Así es que no se repitió la fórmula: «*Reo es de muerte*», se sobrentendía evidentemente, pero al fin se salvaban las apariencias; el Procurador no podría quejarse de que eran tenaces en lo tocante á sus derechos, y el pueblo no tenía por qué temer un baldón. Por lo demás, ellos tenían su conciencia muy tranquila. Faltaba cometer el asesinato, es verdad; pero, ¿no habían ya declarado, tiempo hacía, que era necesario para sus intereses y para los de la nación, y además la responsabilidad no debería recaer sobre quien la tomara oficialmente?

Por lo que hace á Pilatos, habían oído de su boca las palabras: «Eso es cosa vuestra¹», y ya encontrarían modo de aplicárselas á él mismo; y así, mientras se disponían á conducir su víctima al pretorio, cambiaban entre sí sonrisas maliciosas que el altivo Romano no habría podido observar sin ira, y acaso sin encendérsele el corazón.

¹ MATTH., XXVII, 24. «Vos videritis.»

CAPÍTULO VI

JUDAS.

Elegit duodecim ex ipsis (quos et apostolos nominavit): Simonem... et Judam Iscariotem qui fuit proditor.

LUC., VI, 13-16.

Fur erat. JOANN., XII, 6.

Bonum erat si non esset natus homo ille.

MARC., XIV, 21.

El sol se levantaba rápido en el limpio cielo de una de esas mañanas de Abril que no conocen nuestras regiones nebulosas, donde no se puede uno formar idea de esta transparencia del aire, de este suave brillar del sol¹. En aquel momento del día el astro no es aun el vencedor, de cuyos rayos no hay quien se esconda²; es el esposo del Salmo que sale de su lecho descansado y sonriente³ con las manos llenas de perfumes⁴, y los derrama sobre la tierra. Fresca brisa hace ondular los ya maduros trigos, y el aún verde follaje de los árboles, mezclando en el movimiento que despierta los mil ruidos del día que renace, el canto de los pájaros, el murmullo de las fuentes, el balar de

¹ Es la más bella estación en Palestina, y apenas se comprende cómo Catalina Emmerich haya hablado tantas veces de la lluvia y el lodo, á propósito de la pasión del Señor. En el mes de Abril han cesado las lluvias, y el barro ha sido reemplazado por el polvo.

² PSALM., XVIII, 7: «Nec est qui se abscondat a calore ejus.»

³ Id., XVIII, 6: «Tanquam sponsus procedens de thalamo suo.»

⁴ CANTIC., V, 14: «Manus illius aureæ plene hyacinthis.»

los rebaños, las voces de los pastores y el arrear de los caminantes. Bajo la copa de los cedros del Monte de las Olivas, á lo largo de las vertientes del Escopo, en la meseta del Gareb, los peregrinos salían de sus tiendas y procedían á sus abluciones tradicionales antes de dirigirse al Templo. En los atrios, donde penetraban los primeros rayos del sol que se asomaba por las crestas de las colinas, los sacerdotes hacían los preparativos para el sacrificio matutino, en medio de los más celosos adoradores de Jehova, los que se anticipan á la aurora en las puertas del lugar santo. Poca gente había aún: una paz muy á propósito para poner al alma en comunicación con su Criador, un silencio favorable á las más tiernas expansiones del espíritu, deliciosa preparación de la fiesta por antonomasia, cual era la Pascua conmemorativa de la libertad de Israel.

Entretanto, subía las gradas del atrio interior un hombre, con paso tembloroso, cabizbajo, como agobiado de inmensa pesadumbre. Sus manos ocultas en los pliegues de su manto, se crispaban con cierta especie de rabia, y su boca dejaba escapar algunas palabras entrecortadas. Cuando hubo cruzado el umbral de la alta puerta de bronce, echó de ver cerca del santuario á los pontífices que habían venido al Templo, seguramente por el arco del Tyropheon, que era el camino más corto para dirigirse á la *Antonia*. ¿Atravesaron el sagrado recinto únicamente por evitarse un camino molesto por medio de la ciudad, ó manifestaciones comprometedoras entre el pueblo? ¿No pensaron asimismo en aparecer á la vista del pueblo cuidadosos de poner sus juicios bajo la salvaguardia de la piedad, tomando parte en el sacrificio de la mañana antes de presentarse delante del Procurador? Su escepticismo saduceo no era incompatible con esta hipocresía, que

además serviría de pantalla á la condescendencia que tenían con los caprichos devotos de los Fariseos, sus aliados á la sazón contra el enemigo común.

Como quiera que fuera, el recién llegado los encontró á las puertas del santuario, el *Hieron*, más allá del cual no había más que el *Sancta Sanctorum*. Dirigiase á ellos con paso acelerado, alzando la cabeza y extendiendo los brazos. Al punto le conocieron: era Judas el traidor, y llevaba en la mano los treinta siclos con que le habían pagado la traición.

«¡He pecado, exclamó con agitada voz; he entregado la sangre del Justo!»

Respondieronle con tono burlón:

«¿Y á nosotros qué?... ¡Tú allá!...!»¹ Y le volvieron la espalda con desdén.

¡He ahí lo que recogía de su crimen! Los hombres á cuyas pasiones servía le habían arrojado ese irrisorio salario de treinta dineros por su trabajo: creíanse libres y exentos, y dejándole toda la responsabilidad de la culpa se aprovechaban de ella tranquilos. Quedaba muy dueño de tener remordimientos, si tal era su capricho: *era cosa de él*, en la cual á ellos nada les iba ni les venía²!

El miserable no podía creer lo mismo que estaba viendo y oyendo. Permaneció un instante como aplastado bajo el desdén de sus cómplices, con la loca esperanza de que tuvieran un buen movimiento de corazón. Pues qué, ¿no podían ellos experimentar también la tristeza, la vergüenza, el terror que él experimentaba al pensar en su

¹ MATTHE, XXVII, 4: «Dicens (Judas): Peccavi, tradens sanguinem justum. At illi dixerunt: Quid ad nos? Tu videris.»

² LANDOLFO CARTUJANO: *Vita Jesu-Christi*, t. IV, parte 2.^a, p. 53, col. 1.^a, ha expresado perfectamente los sentimientos de los judíos en esta circunstancia: no hemos tenido que hacer más que trasladar.

traición? Esa sangre inocente en que ellos habían traficado, ¿no les *hablaria como la de Abel* ¹, y sería él solo quien sufriera los remordimientos de Cain? En el templo del verdadero Dios estaban, entre el altar de los holocaustos y el velo del santuario: ¿no les diría nada su conciencia en semejante lugar y semejante hora? ¿Por ventura no creerían ya en Jehova, y en tal caso la incredulidad de ellos no le impedía á él ya tener fe en la misericordia infinita?

Y mientras él se abatía en esta congoja, ellos se alejaban lentamente, sin ocuparse más en él que si nunca hubiera existido. Extraña agitación le crispó entonces los nervios: tiró violentamente en el suelo de mosaico el precio de su vergonzosa venta, y en seguida, con furioso arranque, se precipitó hacia las escaleras que daban salida al valle del Cedrón ². El retintín de las monedas en el mármol hizo á los Pontífices volver la cabeza, y vieron al traidor pasar delante de ellos como un relámpago; pero no se detuvieron ni un momento á pensar en lo que sería de aquel hombre: ya no les hacía falta, y, por tanto, les era indiferente.

Lo mismo parece que podríamos hacer nosotros, dejando para siempre en el olvido esa figura de condenado. ¿No había dicho el Maestro que *más le valiera no haber nacido* ³? Pero saquémosle de la sombra para nuestra enseñanza: después de la culpa y el arrepentimiento de Pedro, será provechoso estudiar el crimen y el arrepentimiento de Judas. Pues el desdichado *se arrepintió* ⁴, según

¹ HEBR., XII, 24: «Sanguinis adspersionem melius loquentem quam Abel.»

² MATTH., XXVII, 5: «Et projectis argenteis in templo, recessit.»

³ MARC., XIV, 21: «Bonum erat ei si non esset natus homo ille.»

⁴ MATTH., XXVII, 3: «Judas.... penitentia ductus retulit triginta argenteos.»

testimonio del propio Evangelio, y, no obstante, leemos en la misma página el relato de su muerte desesperada.

Cuando Jesús, durante el segundo año de su vida pública, escogió entre sus discípulos los doce predicadores de su doctrina ¹, el último escogido fué Judas, hijo de Simón, natural de Kerieth, pequeña é ignorada ciudad de la Judea, al Sur de Hebron, casi en la frontera de la Idumea ².

Efectivamente: el divino Maestro había llevado la palabra evangélica al Mediodía de la Judea, y hasta el corazón de la Idumea, desde los principios de su ministerio ³. Había hecho allí prosélitos que le siguieron á su regreso hacia el Norte, y muchos de ellos por todas partes. Uno fué el hijo de Simón. La diligencia y el celo que mostraba no tardaron en llamar la atención; de suerte que, llegado el tiempo de la elección, fué designado miembro del Colegio Apostólico, en el cual representó al elemento judaico.

¿No parece descubrirse misteriosa ironía en esta elección? El único judío admitido al apostolado en último lugar y como por gracia, iba á ser el tipo eterno del hombre que coloca el dinero por encima de la conciencia y el honor por encima de la amistad y la lealtad, pero con pretensiones de filantropía y patriotismo. Con efecto: Judas es el administrador de la nueva familia del Salvador, si así puede decirse: por sus aptitudes para manejar dinero se le había confiado *la bolsa* ⁴, de la que Jesús to-

¹ LUC., VI, 13: «Elegit duodecim.... et Judam Iscariotem, qui fuit proditor.»

² En el día, *Kuryétein* ó *Garyétein*, en la región de los *Árabes de Djekatin*.—Josué (XV, 25) la menciona.

³ MARC., III, 8: «Multa turba a Galilæa et Judæa secuta est (Jesus).... et ab Idumæa.»

⁴ JOANN., XII, 6: «Loculos habens ea que mittebantur portabat.»

maba para sus necesidades y las de sus discípulos y de los pobres. Judas no sólo le tomó á este oficio el gusto del orden y la economía; sus cuentas, hábilmente arregladas, velaban las subtracciones que hacía, y antes de que San Lucas le llamara *traidor*, había merecido que San Juan le diera el nombre de *ladrón*¹. Sus mañas, no obstante, le salieron bien por largo tiempo, y aun hasta el último día respecto á los otros Apóstoles, menos perspicaces que el discípulo amado, tanto más que la misericordia de Jesús evitaba al culpable la vergüenza de descubrirlo, si no de reprenderle en secreto, dado que el silencio del Evangelio nos autorice para hacer esta suposición.

Pero al mismo tiempo que robaba, aparentaba Judas caridad para con los pobres²; habilidad que él no inventó y de la cual no se quedaría con el secreto para sí solo: todos los tiempos (no hay que exceptuar al nuestro) conocen á esos filántropos que saben convertir en instrumento de fortuna propia el amor á los pequeñuelos y desheredados. El Iscariote no tuvo ocasión de desarrollar su afición en ancha esfera, pero á juzgar por lo que hizo en su reducido círculo de acción, habría siempre merecido un sitio en la compañía de los más famosos explotadores de la credulidad popular. El Evangelio nos ha conservado un rasgo característico de su doble fisonomía.

Algunos días antes de su Pasión, había aceptado el Maestro en Bethania la invitación de Simón el Fariseo, leproso á quien había curado su horrible enfermedad³.

¹ JOANN., XII, 6: «*Fur erat.*»

² *Id.*, XII, 4.—XIII, 29.

³ MARC., XIV, 3: «*Quum esset (Jesus) Bethania, in domo Simonis leprosi, et recumberet.*»—SAPP (II, 343), supone que la casa de Simón era un asilo de leprosos; pero es más probable que Simón era un leproso curado por Jesús, según opina LE CAMUS (III, 28, nota 1).

Estaban en el convite los Apóstoles y también Lázaro resucitado: Marta servía, y María se mantenía, según su costumbre, algo retirada, escuchando en silencio las últimas palabras del Salvador. Al acabarse la comida, la ilustre penitente¹ se adelantó con un frasco de alabastro en la mano, é inclinándose hacia la frente de Jesús, derramó sobre él un perfume precioso². Sorprendidos un tanto los discípulos manifestaron sus impresiones con palabras no muy galantes:

«¿A qué fin este desperdicio?» decían³.

Júdas se apresuró á recalcar la idea diciendo:

«¿A qué viene el desperdiciarlo? Pudiera haberse vendido este rico perfume y dar á los pobres los trescientos denarios que seguramente se habrían sacado de él»⁴.

Sobre lo cual hace San Juan esta observación: «Esto, dijo, no porque cuidaba de los pobres, sino porque era ladrón, y, teniendo el bolsillo, se apropiaba una parte de lo que echaban en él»⁵. Todo ese alcance tenían las palabras del traidor, y, según lo confiesa San Mateo que estuvo allí presente, la mayor parte de los Apóstoles desaprobaron también la generosidad de la Magdalena, hasta con indignación, *indignati sunt*. Fué menester que Jesús interviniera para imponerles silencio y consolar á María.

«¿Por qué molestais á esta mujer? Pues ha hecho con-

¹ No es seguro que María Magdalena, la hermana de Lázaro y Marta, sea la misma Magdalena pecadora. Autoridades muy respetables las distinguen. (*Nota del traductor.*)

² MARC., XIV, 3: «*Alabastrum unguentum nardi spicati pretiosi.*»

³ MATTH., XXVI, 8: «*Videntes autem discipuli indignati sunt dicentes: Ut quid perditio hæc?*»

⁴ JOANN., XII, 4: «*Dixit ergo unus ex discipulis ejus, Judas Iscariotes, qui erat eum traditurus: Quare hoc unguentum non venit tricentis denariis et datum est egenis?*»

⁵ *Id.*, XII, 6: «*Dixit hoc non quia de egenis pertinebat ad eum, sed quia fur erat, et loculos habens, ea quæ mittebantur portabat.*»

migo una buena obra. Porque siempre tendréis pobres con vosotros; mas á mí no me tenéis siempre. Derramando este unguento sobre mi cuerpo, le ha preparado para la sepultura. En verdad os digo, que en todo lugar donde fuere predicado este Evangelio en todo el mundo, se contará también lo que ésta ha hecho, en alabanza de ella ¹.»

La lección era dura y exasperó á Judas hasta el punto de tomar la decisión de vender á su Maestro. Por lo menos, eso es lo que insinúa San Mateo juntando la reprehensión de Jesús y la marcha del Iscariote en busca de los del Sanhedrin.

Pero esa era la gota que hacia desbordarse el vaso: desde mucho tiempo antes la fe de aquel miserable se habia debilitado, si no se habia ya extinguido desde que Jesús anunció en el desierto la institución de la Eucaristia. San Juan le cuenta efectivamente entre los *incrédulos conocidos del Maestro* y con nota especial que indicaba anticipadamente su traición ². Tal vez no tuvo nunca fe en el Mesías tal cual le vaticinaban las Escrituras, es decir, en el Salvador de las almas, en el fundador del reino espiritual de Dios, en el rey que corona á sus elegidos solamente en el cielo.

Como tantos otros, Judas esperaba el establecimiento de un reino terrestre en que los fieles que llevaran más antigüedad ocuparían naturalmente los primeros puestos con goces y honores de categoría distinguida. Que sería menester luchar para lograr el cumplimiento de este programa, no lo dudaba él; pero contaba con la valía del Maestro, el poder de su palabra y el entusiasmo de los pueblos, para abreviar la lucha y asegurar la victoria.

¹ MATTH., XXVI, 10-13.—MARC., XIV, 6 9.—JOANN., XII, 7 8.

² JOANN., VI, 65: «Sciebat enim ab initio Jesus qui essent non credentes et quis traditurus esset eum.»

Ahora bien: las turbas se habian agitado por virtud de la palabra nueva, ofreciéndole la realcía que habia rechazado ¹; pasaban los años sin que se hiciera un esfuerzo decisivo y se llevaban consigo la ocasión que tan propicia parecia, y con esto los enemigos del profeta cobraban seguridad y audacia. ¿Volvería á presentarse la ocasión desperdiciada? Dudoso era, y las esperanzas fundadas en el triunfo del Evangelio también se debilitaban de día en día.

Habia, no obstante, perseverado, con la tenacidad característica de la raza judía, reponiéndose en sus esperanzas cada vez que el Maestro hacia una alusión á su reino eterno. En medio de todo, Judas no dejaba de admirar al novador, y no habria tenido dificultad en decir con los emisarios del Sanhedrin: «Jamás ha hablado nadie como este hombre ².»

Cuando la entrada triunfal en Jerusalén, creyó asegurado el éxito mientras duraron las aclamaciones del pueblo y la ovación hecha á Jesús. Mas por la noche, cuando volvió á tomar con sus discípulos el camino de Bethania, sin que nada pudiera anunciar que se realizase el anhelado entronizamiento, comenzó á desconfiar de un hombre tan poco precavido; en particular, cuando le oyó repetir la profecía de su Pasión y su muerte, tuvo una prueba evidente de que era pleito perdido, y que lo mejor sería librarse cuanto antes de todo compromiso con el vencido.

En este abandono se contenía en germen la traición; desde el momento en que el servicio de Jesús no traía cuenta, era natural pensar en sacar el provecho posible

¹ JOANN., VI, 15: «Jesus ergo quum cognovisset quia venturi essent et raperent eum et facerent eum regem, fugit iterum in montem ipse solus.»

² Id., VII, 46: «Numquam sic locutus est homo sicut hic homo.»

de la inminente ruina; excelente medio, por otra parte, de asegurarse la amnistía de los vencedores, gente de memoria rencorosa que sabrían muy bien dar con los discípulos después de acabar con el Maestro. Lo hábil sería pasarse al servicio de ellos antes del triunfo definitivo, y aun trabajar por acelerárseles mediante una cooperación que podía valer mucho. ¿Se habría familiarizado con estos pensamientos el espíritu del Iscariote? No nos atrevemos á responder. Por lo menos, se abrieron rápido camino en él desde los días siguientes al convite de Bethania. El martes próximo, llegada la noche, fingió quedarse en Jerusalén por cierto asunto, y mientras los Apóstoles subían la cuesta del Olivete, él bajó por las rampas de Sión, y tomó la senda de Belén.

En la cumbre de la colina que mira á Ophel poseía Caiphás una casa de campo donde había convocado aquella tarde en reunión extraordinaria á los Sacerdotes, Escribas y Ancianos para decidir de la suerte de Jesús. ¿Cómo Judas tuvo conocimiento de la hora y el lugar de esta junta secreta? Es muy natural suponer que ya estaba en relaciones con la gente del Sumo Sacerdote ó con el propio Caiphás, y que habría sido citado á aquel sitio menos visible, y á hora en que no se podría encontrar con nadie.

De todos modos, él se hizo introducir, y, sin preámbulos, dijo á los Sanhedritas: «¿Cuánto me queréis dar, y yo os lo entregaré?»

Era hablar con cierta osadía á una corporación constituida. Pero el malvado se sentía á la altura de tales juegos, y se ponía á tratar con ellos sin grandes miramientos. Á pesar de todo, el paso tan directo que daba era

¹ MATTH., XXVI, 15: «Quid vultis mihi dare et ego enim vobis tradam?»

una falta irreparable. Cualquiera que fuese la respuesta del Sanhedrín, había avanzado demasiado para volverse atrás. Bien lo conocieron los príncipes de los Sacerdotes; puesto que Judas era de ellos irrevocablemente, no había necesidad de mostrarse espléndidos con él; le ofrecieron treinta piezas de plata¹ ó treinta siclos, unas noventa pesetas de nuestra moneda, que era en lo que se vendía ordinariamente un esclavo².

El orgullo de los Fariseos juzgó que no se debía pagar más cara la cabeza de Jesús. Nadie ha dicho tampoco que Judas insistiera en que le dieran más³.

El profeta Zacarías había visto, con antelación de seiscientos años, el ajuste de los Sanhedritas con Judas: «*Me han pagado*, hace decir al Señor discutiendo con los judíos, *con treinta piezas de plata*»⁴. Mas este no era en la mente del profeta el precio de un esclavo, sino el salario del terrible artesano que decía á sus contradictores: «*Si os gusta mi obra, pagádmela: si no, quedaos tranquilos*»⁵. Sin ellos saberlo, los desdichados daban testimonio al divino obrero de que su obra era buena sin contradicción posible. Tocante al precio, ¿qué le importaba fuese más ó menos? Desdeñando la estimación y la largueza de ellos, podía contentarse con el salario mínimo, aunque fuera el que daban por el trabajo de un esclavo.

Tomó Judas los treinta siclos, moneda consagrada cuyo origen venía de los Macabeos y que no tenía nada

¹ MATTH., XXVI, 16: «Constituerunt ei triginta argenteos.»

² *Eccl.*, XXI, 32: «Si servum (quis) invaserit, triginta siclos argenti domino dabit.»

³ LE CAMUS: *Vie de N.-S. Jésus-Christ*, III, 134.

⁴ ZACHAR., XI, 13: «Et appenderunt mercedem meam triginta argenteos.»

⁵ *Id.*, XI, 12: «Si bonum est in oculis vestris, afferte mercedem meam: et si non, quiescete.»

que ver con las que llevaban la efigie del César ¹. Por nada del mundo habrían consentido los Fariseos en hacer uso de esa moneda profana, como no fuera para pagar el tributo al Emperador: sus escrúpulos se echan de ver en todos los pasos de su complot contra Jesús: tenían más que nunca *tragarse el mosquito* ², de que les hablaba burlándose de ellos, sin perjuicio de *engullirse el camello* legendaria y hasta sin advertirlo. Tan luego como se marchó el traidor, prosiguieron tranquilamente sus manejos homicidas, mientras su aliado se iba combinando el medio de entregar su víctima ³.

Hemos visto cómo ganó sus treinta dineros. Tras las insidias de Gethsemani, todo hace creer que se encaminó hacia el palacio de el Sumo Sacerdote por ver él también *en qué paraba aquello*. Conservaba probablemente secreta esperanza de que algún hecho ruidoso del Maestro ó una defensa hábil le sacara de aquel trance: por ventura contaba con un alboroto popular, vacilaciones del Sanhedrín, algún accidente imprevisto, como esperan, sin saber por qué, los que están metidos en un callejón sin salida. Pero nada de esto se presentaba: perdió la cabeza, abrumado bajo el peso de su responsabilidad, y de repente adoptó el partido de devolver el dinero, como si, una vez rechazado el precio, debiera serle menos imputa-

¹ FERRAR (*Life of Christ*, p. 371), dice a este propósito: «Con ojos amadores de avaricia, su pecado abrumador, pudo contemplar las monedas de plata grabadas, ¡oh extraña ironía de la historia!, por un lado con el ramo de oliva, símbolo de paz; y por el otro, con un incensario significativo de la oración, y ostentándose en ellas la inscripción siguiente: Jerusalén, la Ciudad Santa.» Los siclos y semisiclos de Simón Macabeo tenían efecto en una de sus caras una rama florida y en la otra un vaso de perfumes. Alrededor de la rama se lee: *La Santa Jerusalén*. Y alrededor del vaso *Siclo de Israel*. Pueden verse diversos tipos en la Biblioteca Nacional de París.

² МАТТ., XXIII, 21. «Exolantes culicem, camelum autem glutientes.»

³ Id., XXVI, 16. «Et exiit querebat opportunitatem ut eum traderet.»

ble la traición. En esta persuasión corrió al Templo donde esperaba encontrar á los Sanhedritas á la hora de las primeras oraciones, y, ya lo hemos visto, se estrelló en el desprecio que hicieron de él.

Al huir de allí, el desventurado no advirtió que volvía á tomar el camino de la quinta de Caiphás. Cruzó el valle, volvió á subir la pendiente opuesta hasta la altura de unos veinte metros hacia una meseta llena de árboles donde se cruzan los caminos trazados en el flanco de la colina ¹. Allí debió de pararse jadeante, rendido, y con rápida mirada vió los sitios testigos de su infamia. Allí abajo, en el fondo del valle del Cedrón, estaba Gethsemani donde con un beso había entregado al Hijo del hombre: á la izquierda, sobre el monte Sion tenía el palacio de Caiphás donde resonaba todavía el grito: «*Merece la muerte*»; en frente, el Templo donde acababa de desvanecerse toda esperanza de reparar su falta. Volvió la cabeza, y sus ojos vieron doradas por los rayos del sol las azoteas de la quinta pontifical donde se había concertado el vergonzoso ajuste. Entonces se desplomó, incapaz ya de resistir á la tendencia que le arrastraba á la muerte. La tierra le rechazaba: ¿cómo se atrevería á llamar al cielo?

Se desató el ceñidor, y atándolo á la rama de un árbol, se ahorcó ². El demasiado peso del cuerpo, en sus convulsiones, hizo romperse la rama: el cadáver cayó con la cara contra el suelo, y, roto el vientre en puntiagudas piedras ó en seco garrancho ó por la misma rama desgajada, *dió salida á las entrañas que se extendieron por el sue-*

¹ La tradición coloca el lugar del suicidio de Judas entre el sepulcro de Zacarías y la aldea de Siloam (LÉVIM: *Guide*, I, p. 299.) El campo Hakeldama se compró con el dinero de la traición, pero no hay indicios de que Judas muriera en él, ó fuera allí sepultado.

² МАТТ., XXVII, 8: «Abiens laqueo se suspendit.»

lo ¹. De este modo acabó ese infeliz, del cual había dicho el Maestro que *le valiera más no haber nacido*, pues la nada no tiene afrentas ni remordimientos.

El pecado de Judas es un misterio impenetrable para nosotros: comenzó á seguir al Salvador, desde la primera vez que se afirmó su mision divina y *había sido escogido* ² para ser uno de los Apóstoles del Evangelio. Se había, pues, estrenado con buena voluntad y continuado con honra. ¿Por qué no perseveró hasta el fin?

No podemos admitir que le fuera retirada la gracia, cuando San Juan nos le muestra preparado por la incredulidad á la traición ³. Claro es que no la aprovechaba, sino que abusaba de ella y acaso llegaba á despreciarla; pero Jesús le sufría en su compañía, le trataba con familiaridad y hasta le rodeaba de misericordia y ternura; le solicitaba con la suave insistencia que él tenía en ir tras de ciertas almas más caras á su corazón, como debían serlo las de los doce. ¿Por qué no fué cogido y arrastrado á pesar suyo, digámoslo así, por el camino del arrepentimiento y de la renovación?

Muy al contrario, le vemos descender obstinadamente al abismo. Durante la última Cena no podía ignorar que Jesús conocía su pacto con los judíos: el hecho de encomendar los preparativos de la Pascua á Pedro y á Juan y no á él, como de costumbre, debiera abrirle los ojos. Si alguna ilusión le quedaba, desapareció seguramente con motivo de la emoción que produjo el anuncio de la traición próxima cuando él osó preguntar: «¿Soy yo acaso el que te va á entregar?» y le fué respondido: «Tú lo has dicho ⁴.» Indu-

¹ ACT., I, 48. «Et suspensus crepuit medius et diffusa sunt omnia viscera ejus.»

² MATTH., X, 1-4.—JOANN., VI, 71; XV, 16.

³ JOANN., VI, 63. Vid. supra.

⁴ MATTH., XXVI, 25: «Nomquid ego sum, Rabbi? Ait illi: Tu dixisti.»—CL., acerca de todo este paso JOANN., XIII, 18-30.

dablemente sólo él oyó esto, pues el Señor se lo dijo en voz baja; pero al recibir, un instante después, el pan que le alargaba Jesús, vió la mirada de Juan clavada en él y comprendió que no podía ocultar por más tiempo su crimen y su afrenta. Por consiguiente, las advertencias tan llenas de discreción y de bondad que le ponían en el caso de reconocer su error, habrían debido contenerle, ya que no volverle al buen camino: y, no obstante, cuando salió de la sala perseguido por la velada reconvencción: «*Lo que has de hacer hazlo pronto* ¹», nada deja entrever que hubiese abierto su corazón á ningún movimiento saludable. En el jardín de las olivas la palabra del Maestro: «*Amigo, ¿á qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?*» por ventura produjo en él un efecto momentáneo: imposible era que dejara de producirlo. Pero éste se desvaneció al punto: menos rápido es un relámpago, y las sombras se espesaron más en esta alma cerrada para siempre á la luz.

Sin embargo, el Evangelio dice que *se arrepintió* ². ¡Ay! Ese arrepentimiento no era más que la conciencia tardía de la enormidad de su falta. Tácito habla en sus Anales de este conocimiento del crimen consumado: «*Perfecto demum scelere, magnitudo ejus intellecta est* ³.» Y San Juan Crisóstomo dice con razón: «La habilidad del diablo está en impedir que el hombre conozca la gravedad del pecado antes de cometerlo, porque teme que no lo cometa; pero consumada ya la culpa, permite al culpable sentir toda su gravedad para que se desespere ⁴.» Judas había justificado anticipadamente esta observación. Mientras Pedro se precipitaba, llorando, fuera del palacio de

¹ JOANN., XIII, 27: «Quod facis, fac citius.»

² MATTH., XXVII, 3: «Penitentia ductus.»

³ TACIT., *Annal.*, XIV, 10.

⁴ S. JOANN. CHRYSOST., *Homil. LXXXV in Matth.*

Caiphás, él hula con los ojos secos del atrio de Israel. Los dos habían hecho traición al amigo y al Maestro, y el dolor de entrambos parece que debía ser semejante como lo había sido la culpa. ¡Pero qué diferencia! Las lágrimas del primero corrían menos de sus ojos que de su corazón, abatido pero esperanzado, porque conocía la misericordia del divino ofendido y á ella se entregaba con humildad. Los sollozos del segundo sacudían su pecho henchido de afrenta y rabia; la afrenta de un crimen que no se atrevía á confesar ni aun á sí mismo; la rabia con que hubiese querido aniquilar á los hombres porque les tenía odio, y á Dios porque le tenía miedo.

El Espíritu Santo ha dicho de Judas la única palabra que verdaderamente aclara esta obscuridad: «*Después de haber sido escogido para el Apostolado, se hizo prevaricador y se fué al lugar que le correspondía*¹». Donde se marcan tres periodos distintos: el llamamiento de Dios que le hizo Apóstol; su infidelidad creciente que le hizo prevaricador; la traición definitiva que le hizo réprobo. Estremece el pensar en «aquel lugar» adonde fué el traidor, sobre todo cuando se reflexiona en el trono en que debía sentarse², como sus hermanos del Colegio Apostólico, para juzgar á las tribus de Israel.

Entretanto que él preparaba el suicidio, los sacerdotes deliberaban sobre el empleo que darían al dinero que tiró en el Santuario. Con arreglo á las prescripciones de Moisés, no era permitido echar en el Corbón el precio de una acción deshonorosa³. Por esta razón, la delicada con-

¹ ACT., I, 25: «Apostolatus de quo prevaricatus est Judas ut abiret in locum suum.»

² MATTH., XIX, 28: «Sedebitis et vos super sedes duodecim iudicantes duodecim tribus Israel.»

³ DEUTER., XXIII, 18: «Non offeres mercedem prostibuli, nec pretium canis, in domo Domini Dei tui... quia abominatio est utrumque apud Dominum Deum tuum.»

ciencia de los Fariseos rehusó recibir en el depósito sagrado el dinero que ellos mismos le pusieron en la mano á Judas. «*No es lícito, dijeron, echarlo en el tesoro del Templo, porque es precio de la sangre*¹». En verdad estos hombres causan horror, y en comparación de ellos Judas es menos detestable. Para estas almas de demonios, ¿era posible el arrepentimiento, y no sería una tentación para dudar de la justicia el verlos amparados de la misericordia? La palabra del Salvador moribundo: «*Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen*», la esterilizaron ellos anticipadamente, y San Esteban tuvo motivo sobrado para echar sobre sus frentes la sangre del Justo «*á quien habían entregado y dado muerte*²».

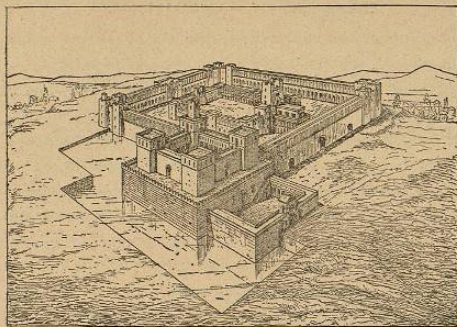
Dejando para más adelante el cuidado de determinar el empleo que debiera darse á aquel dinero maldito, Caiphás y sus cómplices volvieron prontamente la atención á su víctima, que condujeron á la Antonia para poner al Nazareno á discreción del Procurador. Saliendo del Tribunal, el fúnebre cortejo atravesó el Acra, siguiendo la gran calle que rodeaba el Templo hacia el Occidente, y se disponían á subir hácia la fortaleza. Á medida que avanzaban, se aumentaba el grupo con la turba de judíos y extranjeros venidos á Jerusalén para la Pascua, turba bastante tranquila hasta entonces por la impresión de una catástrofe tan misteriosa. ¿En qué vendría á parar todo aquello? Seguían, pues, con inquieta curiosidad, cuando los miembros del Sanhedrin se presentaron en la plaza próxima á la Antonia³ y se pusieron á dirigir la conducción del preso.

¹ MATTH., XXVII, 6: «Non licet eos (argenteos) mittere in carbonam, quia pretium sanguinis est.»

² ACT., VII, 52: «Iusti, cujus vos nunc proditores et homicidae fuistis!»

³ Véase en el cap. I del lib. I la descripción de Jerusalén cual era en tiempo de Nuestro Señor. Se pasaba del templo á la plaza que había delante de la Antonia por una de las puertas del Poniente.

Hacia ya un rato que los centinelas habían dado aviso de la agitación que se notaba en las calles adyacentes, y los que llegaban veían, bajo los abovedados pórticos de la ciudadela, formar los soldados de Pilatos en orden de batalla, prontos á responder con la fuerza á cualquier tentativa de sedición. Mas entonces no se trataba de ningún motín: jamás había tenido el César súbditos más dóciles, ni al Procurador le había pedido audiencia nadie que con más sumisión reconociera su autoridad.



A. LETHIELLEUX, Éditeur-Graveur, 12, Rue Cassini, PARIS

LIBRO IV

EN LA ANTONIA

CAPITULO PRIMERO

PILATOS Y EL PRETORIO.

Adducunt ergo Jesum a Caipha in praetorium.... Et ipsi non introierunt in praetorium, ut non contaminarentur. (JOANN., XVIII, 28.)

En el ángulo Noroeste del Templo se levantaba, como una amenaza más bien que como una protección, la ciudadela que el primer Herodes había dedicado á Marco Antonio (según la costumbre recientemente introducida en el Asia), y que por ese motivo llevaba el nombre de *Torre Antonia*¹. David había fortificado la colina de roca

¹ «*Turrís Antonía.*» TACITO: *Hist.*, lib. V, c. 11.—JOSEPH.: *Bell. Jud.*, V, v, 8.—V. Apéndice, letra C.